

Homilía de II Domingo de Pascua

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Dichosos los que crean sin haber visto”

Introducción

Los textos de la liturgia de este domingo poseen este año una connotación particular. Nos encontramos en plena celebración del misterio pascual, dentro del marco singular del año Jubilar de la Misericordia y justo en el domingo que san Juan Pablo II quiso se denominara “Domingo de la Misericordia”. Estas circunstancias hay que tenerlas muy presentes a la hora de planificar la homilía de este domingo y pronunciarla luego bajo el prisma del misterio de la “Misericordia divina” y el de la “Misericordia cristiana” que toda la Iglesia ha de practicar.

Lo primero que convendrá señalar, una vez más, es que, en el pensamiento de Jesús, el tema del Amor ocupa el centro de su mensaje y que el Amor es capaz de cambiar el mundo. Ya los antiguos sabios de Israel defendían que “el amor es fuerte como la muerte”... y “que sus saetas penetran en el corazón de los hombres cual saetas de fuego”...

En este contexto la pregunta a la que quizás convendría responder sería la siguiente: ¿el Año Jubilar de la Misericordia —ya avanzado— está reafirmando en nosotros una convicción de fe firme y sincera en el poder que posee el Amor como base de una convivencia humana más plena?... Para ello quizás convendría reflexionar sobre el comportamiento de las primeras comunidades cristianas en los días posteriores a la resurrección de Cristo, como se insinúa en la 1ª Lectura.



Fr. Roberto Ortuño O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 5, 12-16

Por mano de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntarse, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, una multitud tanto de hombres como de mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a las plazas, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno. Acudía incluso mucha gente de las ciudades cercanas a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos eran curados.

Salmo

Salmo 117, 2-4. 22-24. 25-27a R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/. Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor. El Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 1, 9-11a. 12-13. 17-19

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla llamada Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. El día del Señor fui arrebatado en espíritu y escuché detrás de mí una voz potente como de trompeta que decía: «Lo que estás viendo, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias». Me volví para ver la voz que hablaba conmigo, y, vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros como un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón de oro. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él puso su mano derecha sobre mí, diciéndome: «No temas; yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que estás viendo: lo que es y lo que ha de suceder después de esto.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 20, 19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto». Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Pautas para la homilía

Poder del testimonio cristiano para una evangelización global.

En la 1ª Lectura llama la atención el énfasis con que el autor del libro de los Hechos celebra el dato estadístico de que “el número de los creyentes, hombres y mujeres, crecía y se adhería de día en día al Señor”, empujados por los signos y prodigios realizados por los apóstoles y por el testimonio de vida de los primeros convertidos. Según el mismo autor, “mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos se curaban”. Este crecimiento espectacular es celebrado a continuación recitando el Salmo 117 que recuerda las maravillas realizadas por Dios en medio de su pueblo “porque es eterna su misericordia”.

Todos hemos podido experimentar alguna vez cómo los ejemplos de vida poseen una fuerza de seducción y convicción muy superiores al simple enunciado de una doctrina o de un mensaje. Del amor se ha repetido con frecuencia “obras son amores y no buenas razones”. La fidelidad, hecha realidad, al mensaje de Jesús sobre el amor y la misericordia fue siempre, y lo sigue siendo ahora, el método más eficaz para fomentar el crecimiento de la Iglesia.

Gratitud al “amor misericordioso” de Dios

El Salmo 117, oración de gratitud que recitamos después de la 1ª Lectura, nos coloca a los cristianos dentro de las coordenadas espirituales con el que el pueblo de Israel celebraba habitualmente los grandes acontecimientos de su historia:

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.
Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.
Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

En este Salmo queda expresada de forma reiterativa y gráfica la visión teológica con que el pueblo de Israel alimentaba la fe de los miembros de su comunidad. Para ellos toda su vida era “gracia” de Dios, “amor” de Dios, “don” de Dios. Y en este sentido, toda su historia era una especie de “historia sagrada” en la que los acontecimientos se producían bajo la mirada y presencia de Dios. Éste es el género de espiritualidad que el Papa Francisco desea que recuperemos todos durante este Año Jubilar de la Misericordia.

Testimonio de la comunidad de san Juan

Completando la reflexión litúrgica de este domingo, en la segunda Lectura se mencionan las palabras iniciales del libro del Apocalipsis cuya lectura completa se extenderá durante los restantes domingos del Tiempo Pascual. En estilo apocalíptico se describe el origen y género de vida de las primeras comunidades cristianas, las que fraguaron y encarnaron el mensaje de Jesús en los ambientes judíos y gentiles de aquella época. Su forma de proceder ha de servirnos a nosotros de espejo en donde poder comparar nuestra forma de seguir a Jesús con la suya.

En el fragmento que proclamamos hoy como 2ª Lectura cabe subrayar las afirmaciones siguientes:

- a) El autor del relato se encuentra desterrado en la isla de Patmos por haber predicado la Palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús;
- b) se le ordena poner por escrito lo que haya podido ver de notable en las formas de vivir el evangelio por las comunidades visitadas;
- c) y se le ordena huir de toda clase de “temor”, pues el que “estaba muerto” vive ahora por los siglos de los siglos y tiene en sus manos “la llaves de la muerte y del abismo”.

“Dichosos los que crean sin haber visto”

El fragmento del Evangelio que proclamamos hoy discurre en torno a las dificultades y dudas que se les plantearon a los apóstoles y primeros convertidos a la fe en Jesús y de su Evangelio. La escena se realiza estando reunidos “los discípulos” en una casa “con las puertas cerradas por miedo a los judíos”. Es el miedo que tantas veces se ha producido en el seno de la Iglesia por las amenazas de los enemigos del Evangelio.

Lo primero que hace Jesús para ayudarles a superar ese “miedo” es saludarlos con la fórmula clásica: “Paz a vosotros”, repetida varias veces, y es que el anuncio del mensaje de Jesús ha de hacerse desde “la paz” y “la alegría” dirigidas al corazón de quienes buscan a Dios de verdad. Este saludo “pacífico” lo completa el evangelista con la indicación de que Jesús “exhaló” su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”. Éste os comunicará siempre la fuerza necesaria para superar el miedo y demás dificultades que surjan al “anunciar el Evangelio”.

Pero el redactor del relato es consciente de que las dudas y problemas que plantea la fe en Jesús y en sus discípulos no se agotan con lo descrito hasta el momento. La persona humana es “cuerpo y espíritu” y ambos elementos han de estar presentes en el acto de fe por el que compromete el futuro de una persona. Para responder a esa inquietud el escritor sagrado aprovecha el relato de la segunda visita que Jesús resucitado hace a los apóstoles estando presentes todos, incluso Tomás el mellizo.

Cuando éste llega a casa, se lamenta de no haber estado presente. Pero exclama que para entregarse en “cuerpo y alma” al Señor resucitado, necesita “oírlo y tocarlo”, “sentirlo” en su propia persona, cosa que Jesús le permite hacer en la segunda visita que les hace —estando de nuevo cerradas las puertas—, pero en la que Tomás se encuentra presente.

Jesús de nuevo les desea a todos “la paz”, y dirigiéndose al incrédulo le dice: “Trae tu dedo; aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Y a continuación le pregunta: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.» Esta sentencia se repetirá luego en la liturgia de este domingo como antífona del “Aleluya” y de la Postcomunión.

La circunstancia de que la celebración dominical del 2º domingo de Pascua coincida con el domingo de la “Misericordia divina” hemos de aprovecharla en la predicación para insistir en que tanto en los orígenes de nuestra vida cristiana, como en el transcurso de nuestra vida de fe, la “Misericordia de Dios” juega un papel fundamental. Sólo el amor de Dios explica y garantiza nuestra fidelidad a Él.



Fr. Roberto Ortuño O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Evangelio para niños

II Domingo de Pascua - 3 de abril de 2016



Apariciones a los discípulos

Juan 20, 19-31

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: - Paz a vosotros. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: - Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: - Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: - Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: - Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: - ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Explicación

Tomás era uno de los seguidores de Jesús a quien le costó más creer que había resucitado su amigo y Señor. Este evangelio que hoy leemos nos anima a creer, acoger y aceptar la buena noticia que recibimos de Jesús : el mal será vencido. El mal, en todas sus modalidades -violencia, traición, odio, egoísmo, mentira,

muerte, etc.- fue vencido por Jesús, y quienes creen en él se deciden a batallar contra toda forma de mal con que se encuentren. Para comenzar hay que hacer como Tomás cuando estuvo de cara a Jesús y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío!

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Segundo Domingo de Pascua –C- (Jn 20,19-31)

Narrador: Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús.

Jesús: Paz a vosotros

Discípulo1: ¿Quién eres tú?

Jesús: Soy yo, Jesús. No tengáis miedo, mirad mis manos...mirad mi costado. Soy yo, Jesús.

Discípulo2: ¡Es Jesús, es verdad, es el Maestro!

Discípulo3: ¡Ha resucitado! ¡Está entre vosotros!

Jesús: ¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Narrador: Tomás, uno de los doce llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús.

Tomás: Buenos días, ¿qué pasa? Os veo raros. ¿Ha ocurrido algo mientras yo estaba fuera?

Discípulo1: Hemos visto al Señor

Discípulo2: Se nos ha aparecido y ha hablado con nosotros.

Tomás: ¿Os habéis vuelto locos?

Discípulo3: Es verdad, Tomás, Jesús ha estado aquí.

Tomás: ¡Vamos, anda!

Discípulo1: Nos ha transmitido el Espíritu Santo

Discípulo2: Y el poder de perdonar los pecados

Tomás: No me lo creo

Discípulo3: No seas cabezota, Tomás, es verdad que Jesús ha estado aquí.

Tomás: Vale, vale. Pero si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y la mano en su costado, no lo creo.

Narrador: A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas.

Jesús: ¡Paz a vosotros!

Discípulos: ¡Es el Señor! ¡Qué alegría! Es estupendo que estés aquí.

Jesús: Paz a vosotros. Ven Tomás.

Discípulo1: Venga, Tomás, es Jesús el Maestro.

Jesús: Ven, Tomás. Trae tu dedo, aquí tienes mis manos. Trae tu mano y toca mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.

Tomás: ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto

Narrador: Muchos otros signos que no están escritos en este libro hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández